

de su existencia privada y colectiva, recordando hechos y experiencias relacionadas con sus respuestas emocionales más que al mismo hecho histórico. Hay confusión de tiempos y fechas, por eso la música refleja cierta atemporalidad, como lo que muestran las baladas y canciones narrativas, llamadas corridos. Ni el día ni el mes ni el año son importantes en la historia oral, pero lo narrado es parte de la cultura, de la herencia común algo íntimo, intenso y emocional. Recuerdos cantados que pertenecen más al corazón que a la razón.

Hoy en día, todas las urbes se mueven al compás del reloj, pero no así en Nuevo México, donde, al estilo de los viejos campesinos y residentes del suroeste estadounidense, las ciudades y los pueblos atienden no sólo al reloj sino a la posición del sol o al paso de las estaciones del año, se rigen por la naturaleza y el paisaje, por el calendario astronómico, agrícola y ritual más que por dictados humanos. Esta cercanía con la naturaleza ha procreado

el criterio de que en el Nuevo México moderno no debe haber más gente que la que puede sostener el entorno natural y la capacidad hidráulica de la cuenca del río Grande o río Bravo, que no tolerará por mucho tiempo un exceso en su uso sin que se genere un desastre natural. La diversidad cultural y la riqueza botánica están mezcladas de manera muy intrincada y se mantienen en un frágil equilibrio sus habitantes son parte de esa diversidad y tienen que aceptar sus limitaciones y dictados. Esa subsistencia armoniosa, compatible con el flujo de la naturaleza, es un requisito para la sobrevivencia exitosa que obliga a conservar la tierra y el agua. Este es el espíritu de la tierra sagrada, de la herencia recibida, esa que los nuevomexicanos de las comunidades rurales del río Grande del Norte continúan utilizando, viviendo y cantando. La música de Nuevo México nace de la tierra y del agua y ha permitido conservar y forjar un destino cultural propio.